

mago!... Los duendes bailan sobre mi barriga. ¡Socorro!... ¡Soco!... ¡Soco!... (Váse Antonio arrastrando, por la primera derecha).

MANUELA.—(Segunda derecha). Pero ¿qué escándalo es éste!... (Al ver aparecer a Manuela que viene con la vela encendida, Joaquín le tira un almohadazo con el que se apaga la luz, y vuelven a quedar a oscuras). ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

ALEJANDRO.—(Fingiendo una voz gruesa). ¡Vieja bruja!...

MANUELA.—¡Grosero!... (Retrocede por donde entró y hace mutis de espaldas por la segunda derecha). ¡Socorro!... ¡Los espíritus!...

ALEJANDRO.—Bueno; ahora a salir volando, porque si se reúne el vecindario nos revientan a palos... (Van saltando uno tras otro por la ventana. Pausa).

ANTONIO.—(Asomando la cabeza por la primera derecha). ¡Fantasmas!... ¡Fantasmas, desvaneceos!... Este es un conjuro de mucho resultado... (Se oye un silbido). ¡Cuernos!... (Desaparece Antonio y Ricardo asoma por la ventana). Parece que los otros se han ido, y los inquilinos tienen una batata bárbara!... ¡Bueno, ahora a aullar!... Después a dar quejidos, y a ver si hay quien se resista. (Váse).

Por la primera izquierda, en paños menores con velas encendidas aparecen uno tras otro, Pietro con una escopeta y Celedonia con una escoba. Igualmente a los anteriores aparecen armados de escobas, Mercedes, Rosalía y Adela. Al distinguirlos ambos grupos dan un chillido y reculan.

ANTONIO.—(Reapareciendo primera derecha). ¡No se asusten, caray!... Ahora verán; el primer garrotazo al de la almohada... (Se acerca cautelosamente y da en su cama un garrotazo en la almohada. Escucha atentamente). ¡Nada!... Le debo haber desmayado y no ha dicho ni jay!... (Se oye lejano a Ricardo que da un quejido... "¡Ay!"). Parece que sí ha dicho "¡ay!..."

MANUELA.—¡Ay!...

ANTONIO.—¿Qué hay?

MANUELA.—No oís?... (Se oye el lejano aullar de un perro. Todos se asustan).

ANTONIO.—¡No me pongan nervioso, caaa... rumba!... ¡Es un perro que aulla!...

MANUELA.—O un espíritu que se queja...

ANTONIO.—Sí, el de tu abuela...

MANUELA.—Ordinario!... (Vuelven a sentirse quejidos y todos se asustan).

ANTONIO.—Ahora se quejan... ¡Caramba, esto pone los pelos de punta!...

CELEDONIA.—A mí me ha dado una descompostura de vientre... Don Antonio, si Vd. mi permite voy a ir a...

ANTONIO.—No, señora... Aguántese... estos no son momentos de descomponerse...

MANUELA.—¡Uff!... ¡Siento olor a azufre... a demonios!

ANTONIO.—Es la descompostura de ésta... (Por Celedonia). Diga don Pietro; ¿usted es valiente?...

PIETRO.—Me sun italiano...

ANTONIO.—Ya lo sé, pero digo, si Vd. tiene miedo...

PIETRO.—Miedo propiamente no... A los mortos le tengo rispeto. ¡Digo ben o digo mal?

ANTONIO.—Pero a los vivos...